

gres, y los cerrados cálices de otras, el sordo rumor que sobrevive al día y la húmeda frescura que no permiten descanso en este regreso, todo tiene sus encantos y está en armonía con el estado de languidez y excitación del alma que produce naturalmente una excursión de esa especie. Entonces no hai deleite que pueda compararse al de pisar los umbrales del fresco pórtico que alumbran desmayadamente los rayos de la luna, beber un helado ó tomar el refrigerante café que os espera: y si á esto se añade la felicidad de un cómodo sofá, con una amiga como mi amable Mistress S., para que os consuele con una hora de Mozart, el Europeo mas descontentadizo convendrá, en que semejante dia era digno de irse á buscar al cabo del mundo.



CAPITULO XXII.

Hacendados menores. — Esclavitud.



Desde que habia atravesado las montañas, no habia tenido hasta entonces tiempo suficiente para mirar deliberadamente al rededor de mí, y observar el aspecto diferente de los hombres y las cosas de una region que, aunque tiene el mismo nombre y se considera como la misma tierra, es por muchas razones tan distinta de la que habia dejado, como Amsterdam lo es de San-Petersburgo. Allí cada uno trabaja, lucha, se afana corporalmente, y ¡ Dios sabe cómo! — aquí todos los blancos estan servidos por mas ó menos esclavos. Allí las tierras que acaban de ser demontadas, ricas con el abono vegetal que los siglos han acumulado sobre ellas, solo necesitan un leve estímulo de la parte del hombre, para recompensar su trabajo con los productos mas abundantes; donde entra el arado nacen las cosechas mas copiosas, mas donde no toca, ni la verdura de la yerba, ni los frutos de los árbo-

les, ni las flores de las praderas anuncian la fecundidad; todo está serrado, todo es bosque, todo es maleza. — Aquí hace tiempo que el suelo ha dado sus primeros frutos; la gran porción descuajada y cultivada para el tabaco (la mas destructora de todas las cosechas) por los Ingleses, requiere una cultura esmerada y trabajosa para dar algun producto, mientras otra gran porción ha quedado para pastos. En estos terrenos se conoce la bondad natural del suelo y del clima, pues los frutos silvestres y flores, que los cubren con increíble abundancia, hacen de cada valle un jardín, y de cada otero una huerta.

Tambien se observa en el interior de las casas de campo una gran diferencia en el modo de vivir. Aquí hai pocas rancherías á la verdad sin un esclavo, pero hai muchas menos todavía que tengan vaca y cebollas para almorzar, comer y cenar. Los arenques del fecundo Potomac suplen la falta: en el país los llaman un excelente *regalo*, cuando estan salados, y los venden, si no me engaño, á duro y medio el millar. El huisqui corre en todas partes por desgracia al bajo precio de veinte cientos (*) el *galon* (**), y sus odiosos efectos son visibles en todos los hombres que encontrais.

(*) Cuatro reales ó una peseta.

(**) Medida de líquidos de cuatro cuartillas.

La clase de aquella poblacion que menos semejanza tiene con ninguna de las que existen en Inglaterra es la de los labradores que, cultivando por sí mismo sus propias haciendas y poseyendo con frecuencia muchos esclavos, viven sin embargo con tan poco refinamiento, y, creo que puede decirse, con tan pocas comodidades como el trabajador ingles mas miserable. Mientras estuve en Marilanda, visité muchas casas de estos hacendados menores, y permanecí bastante tiempo, observando é informándome suficientemente para formar una idea exacta de su método de vida.

Consistia una de aquellas familias en un jóven, su muger, dos criaturas, una esclava y dos muchachos esclavos tambien. La hacienda era de la muger, y me dijeron que se componia de unos trecientos *acres* de tierra ordinaria, pero desmontada. La casa estaba hecha de madera, y parecia que los tres esclavos podian derribarla si empujaban con fuerza contra una esquina. Contenia un cuarto como de doce pies en cuadro, y otro contiguo apenas mayor que un gabinete: esta segunda pieza era la habitacion de la parte blanca de la familia. Encima de estos cuartos habia otro piso sin ventanas, donde me dijeron que se alojaban los *huéspedes permanentes* que iban á visitarlos. Cerca de esta morada habia una especie

de caverna sin ventana ni rendija, que servia de cocina y demas oficinas, y tambien de dormitorio para los negros.

Habiéndonos invitado á tomar té, aceptamos el convite con mucho gusto. Los muebles de la sala se reducian á una mesa grande y tosca, y á unas seis sillas de palo. Cuando llegamos, la señora de la casa estaba casi por vestir, pero nos instó con vehemencia á que nos sentáramos, y se retiró al cuarto-alcobagabinete mencionado, desde donde siguió hablándonos detras de la puerta, y dirigiéndonos toda la batería de cumplimientos del formulario de visitas de campo, hasta que se nos presentó por último con un traje nuevo mui brillante.

La esclava sacó la mesa y puso algunas tazas del barro azul mas ordinario que ha salido de fábrica, un poco de azúcar moreno en una, y en otra una gota de leche, sin manteca, aunque nos aseguró que tenia una alquería y dos vacas. En lugar de manteca nos presentó un poco de *regalo* y nos dijo « que esperaba que lo *fixáramos* con nuestros sequillos, en lenguaje inteligible, que comiéramos carne salada con galleta. » Tal fué el obsequio con que regalaron á unos convidados, á quienes ciertamente trataban de festejar. En tal circunstancia era imposible no recordar las meriendas deliciosas

de que habia disfrutado en las pequeñas quintas y alquerías de Inglaterra, haciendas no *propias* sino arrendadas, y á rentas mui subidas, pero en donde un ama oficiosa limpia y fresca apartaba la blanca y pura nata por sí misma, untaba con una manteca como el oro las rebanadas exquisitas del rico pan moreno, y nos ponía delante sus requesones y sus tortillas, y los regalados tesoros de su despensa campestre; y luego con el orgullo de la hospitalidad contenta, colocándose al extremo de su mesa, añadía al rústico aparato el *regalo* mas delicado todavía de un buen té y una buena leche. Yo me acordaba de todo esto, y no me parecia que se compensaba la falta, con la dignidad de que un esclavo me sirviera mi taza. La señora de que hablo sin embargo excedía mucho á mis *quondam* amigas en cuanto al refinamiento de la conversacion. Todo el tiempo que duró nuestra visita, tuvo la palabra, sin soltarla un instante, y me parece que en su estilo de elegancia familiar, quería imitar el de alguna novela: pues, segun me dijeron, por no dejar esa clase de lectura de la mano, abandonaba todas las ocupaciones de la casa al cuidado de sus esclavos. Seria dar una idea poco adecuada de sus modales, decir que nos trató con tono de igualdad; yo estoi persuadida que no entró en su cabeza error alguno

sobre ese punto; y no olvidó decirnos que su hacienda era un *dividendo* de la propiedad de su padre, y que se habia casado con un primo hermano, tan cumplido caballero como ella era señora, y tan indolente como cumplido, que preferia á cualquiera otra ocupacion la de la montería: asi llaman la caza de pájaros. La consecuencia era que solo estaba cultivada una pequeñísima porcion del *dividendo*, que constituia una propiedad inmensa. Los esclavos, particularmente los muchachos, estaban algo mas que medio desnudos, pero el aire de dignidad, con que en medio de toda aquella miseria dijo la descarnadísima señora á uno de los negrillos: « Servid á vuestro jóven señor, Licurgo, » era cosa de verse, para conocer toda la extension de una parodia del tono heróico.

La habitacion de otro de estos señores territoriales era un chozo tan miserable como el que acabamos de describir; con todo dentro habia mucho mas movimiento. El noble castellano era miembro de la numerosa tribu de bebedores regulares de hiusqui, y rara vez se hallaba en estado ni aun de tenerse en pie; pero tenia doce hijos, que con el esqueleto de su madre trabajaban mas que los mas infelices negros; por consiguiente eran menos elegantes y mucho menos pobres que la heredera; si bien

vivian sin la mas leve comodidad aparente, y escasamente á mi parecer con lo necesario para vivir. Era una prueba de esto el que aquel mal padre no les dejaba cultivar ni aun por su cuenta y trabajo verdura de especie alguna, y se mantenian con su tocino, su pescado salado, y su pan de maiz, en invierno y en verano sin alteracion ni mudanza. Y esto mismo observé que solia ser la regla general entre todos los labradores. La pasion del hiusqui está mas en boga que el gusto de los productos mas delicados de las huertas, y si todo el dinero se les va en satisfacer esta pasion y su predilecta costumbre de mascar tabaco, sus mugeres no pueden gastar un ciento en comprar semillas para plantar legumbres: en todo cuanto yo he podido ver del manejo interior y economía doméstica de los Americanos, no hai ejemplo de que la cuestion de beber ó no beber se haya decidido en favor de la muger.

Hai algunos labradores de menos consideracion que tienen las tierras que cultivan como arrendadores, bien que estos no sean numerosos. La renta de su arriendo no se paga en dinero efectivo, sino cediendo un tercio de los productos al propietario, modo sin embargo de satisfacer al dueño principal mas ventajoso para el arrendador que para el propietario, pues la dificultad de obtener dinero efectivo

por pago, excepto en la venta de artículos de menudeo, es en extremo grande en todos los contratos americanos. « Yo pagaré en producto, » es la oferta que estoi segura hacen constantemente y en todas ocasiones; si es desechada, añaden la réplica ordinaria de « entonces veo que no podemos hacer negocio. » No deben por supuesto incluirse en este número los grandes negociantes de las grandes ciudades; la observacion se refiere á la masa de los individuos esparcidos por todo el territorio, y entra necesariamente en mi plan, habiéndome propuesto por objeto, al hablar de las costumbres de los Americanos, dar una idea de lo que estas son *en general*.

El efecto que en todas direcciones produce sobre los Ingleses la vista de la esclavitud es mui nuevo, y no mui agradable, no causando una impresion menos dolorosa, cuando por todas partes se oyen las palabras de escarnio: « Todos los hombres nacen libres é iguales. » Es menester hallarse en el centro de la esclavitud americana, para apreciar el pasage admirablemente hermoso de la Epístola de Moore á lord Forbes, la cual describe el estado político de la América septentrional con mas fidelidad y mas fuerza que quanto se ha escrito hasta ahora sobre la materia.

¡ O libertad! ¡ o libertad! y ¡ cuánto
 Tus mentidos conjuros aborrezco!
 Ni la pompa oriental, ni la algazara
 De coronados locos, desde el tiempo
 Del romano Neron al ruso Paulo,
 Tan tórpes para mí, tan viles fueron,
 Como la gerga de facciosa turba,
 Rancio refrán de agitador inquieto; —
 Pobre de corazon, rico en palabras,
 Nacido esclavo y aspirando al cetro,
 Que la razon á la licencia inmola,
 Y proclamando los sublimes fueros
 Dados por Dios al hombre, solo abriga
 De venganza y rapiña ardiente anhelo.
 ¿ Quién contemplar sin indignarse puede —
 ¿ Quién mirará sin cólera un momento
 La soberbia y miseria do se hermanan
 Azote y cartas, grillos y dèrechos,
 Dèspotas negros, blancos demagogos,
 La libre confusion, los devaneos,
 Que de Columbia en las llanuras reinan?
 Y ¡ osa un hombre ante tí, Dios justiciero,
 Alzarse con la vara ponderosa
 De infernal tiranía, y oprimiendo
 A sus hermanos y cual él tus hijos,
 Perfecta libertad llamar su imperio!
 Lejos, lejos; huyamos, que desnudo
 Al dogal de un sultan daré mi cuello
 En regiones, do nunca se escuchara
 De libertad el nombre, y do por fuero
 Del vencedor se acata la fortuna —
 Lei y principio del poder supremo,
 Antes que no vivir do una bastarda,
 Impura libertad despliega al viento
 Su pendon entre esclavos azotados,

Los llantos y el dolor escarneciendo :
 Donde esa libertad, desconocido
 Por su tildado código el lindero
 Que los libres frenéticos separa
 Y los esclavos con baldon opresos,
 Cuadra á la servidumbre, á la licencia,
 Al bruto rei, y al hombre en bruto vuelto.

La condicion de los esclavos domésticos no obstante aparece en general menos mala ; pero la circunstancia mas terrible de su suerte es que, aunque fuera peor, no está en su mano el cambiarla. Yo he visto cuidar con el mayor celo de la salud de los esclavos ; mas en estas ocasiones es imposible olvidar que si no tuvieran este esmero, perderian un objeto que se mira como un artículo de riqueza. Esto no se oculta por desgracia á los infelices esclavos, de donde resulta que rara vez se inspiran, ni los amos á sus esclavos, ni los esclavos á sus amos, un sentimiento de verdadero afecto. Se dice que los esclavos, que nacen en una casa, cobran cariño á los hijos de la familia que se han criado con ellos. Esto sucede tal vez, cuando los actos de tiranía egercidos por los niños, no han bastado para destruir la tierna simpatía que naturalmente produce una larga y temprana asociacion, y esa especie de afecto puede durar mientras el esclavo esté sumido en el estado de profunda ignorancia que niega todo acceso á la reflexion. Las leyes de Virginia han

tenido cuidado de alejar cuanto puede despertar la razon de los esclavos, y con verdad puede decirse, que los legisladores de aquel estado son « de una generacion mas sabia que los hijos de la luz, » y que afianzan su seguridad, prohibiendo que la luz llegue hasta ellos. Por una lei de Virginia, es un delito capital enseñar á leer á un esclavo, como tambien lo es el contribuir á su instruccion y protegerla. Esta lei habla por volúmenes. Los esclavos domésticos, en general, estan bastante bien alimentados y decentemente vestidos : en cuanto al modo que tienen de alojarlos, es para ellos la cosa mas indiferente. Rara vez sufren el castigo del látigo, y en sus enfermedades los cuidan con una atencion escrupulosa. Tal es la faz halagüeña de su destino ; el reverso es la posibilidad de que sus amos los envíen al Sur para venderlos, y es el miedo de todos los esclavos del Norte de la Luisiana. Los cañaverales de azúcar, y mas que todo, los terrenos de arroz de Georgia y las Carolinas son el terror de los negros de América, y lo son con mucha razon, pues devoran prematuramente millares de ellos, mirando sus amos como una prudente necesidad el que trabajen y rediman su valor con su trabajo, para *evitar la pérdida*, si mueren.

Hai en el sistema de criar y educar á los negros, en los estados del Norte, con el fin expreso de enviarlos á vender al Sur, una circunstancia que choca dolorosamente con todos los sentimientos de la justicia, de la compasion ó de la humanidad comun. Durante mi residencia en América, me convencí que era preferible el estado de esclavo doméstico en casa de una familia decente que la condicion de un asistente americano asalariado, por dos razones: porque los esclavos estan mejor cuidados y mucho mas estimados, y porque habiendo nacido en aquella condicion, no combaten con ella, devorados por el descontento que parece ser la suerte de todos los criados libres de la América septentrional. Empero es diametralmente opuesta á tal condicion la de los infelices cuyas personas ó las de sus hijos « en vano amados » corren riesgo de ser víctimas del horrible tráfico mencionado. ¿Qué ventajas lleva este destino á los negros robados en las costas de Africa? Durante mi permanencia en Virginia presencié una escena, que puede servir de prueba del horror con que miran su forzada emigracion. El padre de un esclavo jóven, que pertenecia á la señora en cuya casa estabamos alojados, fué destinado á ese sacrificio, y una hora despues de haberle notificado la

sentencia, afló el machete con que habia estado partiendo leña, y con la mano derecha se cortó la izquierda por la muñeca.

Mas este es asunto en que no intento dilatarme, pues una pluma mas diestra acaba de tratarlo (*). Que se observen todos sus efectos en los sentimientos morales y las maneras exteriores, y se verá si no son los mas injuriosos y degradados. El mismo hombre que le dice en las barbas á su vecino mas rico y mejor educado que él: « Yo soy tan bueno como vos, » se vuelve á su esclavo y lo echa por tierra de un golpe, porque el sulco que ha hecho con su arado, ó el tronco que ha partido, no le parece tan igual como se le antoja que podria serlo á este defensor acérrimo de la igualdad. Hai una flagrante falsedad en la misma superficie de los principios de semejante hombre, que excita la indignacion. No obstante, la posesion de esclavos no produce sus peores efectos en las clases elevadas; la clase menos rica de propietarios menores, que suelen ser muchas veces tan profundamente ignorantes como los negros que poseen, es la que se resiente mas del resultado que acarrea siempre su po-

(*) No solamente trata este asunto el capitan Hall en sus viajes por América, sino muchos escritores de talento y erudicion. La lista seria larga y no es del caso mencionar sus nombres en esta nota; basta decir que es la cuestion de moda.

der absoluto sobre hombres y mugeres; y el género de autoridad ruda, por no decir brutal, que egerce sin prudencia ni juicio, ocasiona el espectáculo moral mas repugnante que yo he presenciado en mi vida. En todos los rangos de la sociedad me parece que las posiciones respectivas de esclavo y amo paralizan los sentimientos mejores y mas grandes del corazon humano. El carácter, el alma de los niños se pierde irreparablemente con tan infames ejemplos. En Virginia vivimos por algun tiempo con una familia, compuesta de una viuda y sus cuatro hijas, y allí presencié otra escena, que demuestra cual sea la influencia funesta que acabamos de mencionar. Una niña esclava, como de unos ocho años de edad, se habia encontrado una galleta en el rincon de un armario, untada de manteca para mayor tentacion. La pobre se comió una porcion de ella antes que la vieran; pero la manteca estaba llena de arsénico, con el objeto de destruir las ratas, y una de las señoritas de la familia habia puesto aquel cebo peligroso en el armario con la mayor imprecacion. Al momento que se supo el acontecimiento, vino la señora de la casa á consultarme sobre el remedio que podria darse á la pobre criatura: yo inmediatamente desléi en una taza una gran cantidad de mostaza con agua, que es el mas pronto de

todos los vomitivos, y la hice tragar á la muchacha. El emético produjo al instante el efecto deseado, mas la pobre niña, parte por la fatiga de sus nauseas, parte por el terror que le debia inspirar oír á media docena de personas repetirle que se moria, temblaba de una manera tan violenta, que pensé que iba á caerse. Me senté en el patio donde estabamos, y como una cosa natural, tomé en mi falda á la pobrecita enferma. Los blancos de la familia se miraban sonriéndose y haciendo mofa; los negros se mantenian á distancia, pero parecian asombrados, y una niña de la edad de la pobrecita esclava, que era la mas jóven de la familia, despues de mirarme algunos momentos con una sorpresa extraordinaria, exclamó: « ¡ Ai! ai! miren si mistress Trolope no la ha tomado en su falda, y le ha limpiado los morros! ¡ Qué asco! Yo no le hubiera tocado la boca por doscientos dólares! »

Acostaron á la esclava en la cama, y yo me volví á mi habitacion; algun tiempo despues envié á preguntar por ella, y me dijeron que sufría muchos dolores. Inmediatamente fuí yo misma á informarme mas por menor del estado en que se encontraba, pero otra señorita de la familia, la misma por cuya imprudencia habia sucedido la desgracia, escuchó mis preguntas con una risa mal disimulada, me dijo



que habian enviado á buscar al médico, y sin poderse contener mas, soltó la carcajada. La idea de sentir una verdadera compasion por los males y sufrimientos de una esclava les parecia tan absurda, como llorar la muerte de una ternera muerta por el carnicero. Las hijas de mi huésped tenian el mérito que las facciones y la tez pueden dar á una muger; pero es menester presenciar el efecto que produce la falta total de sentimiento, para concebir como se pierden las gracias de la juventud y la hermosura.

Parece que es un sentimiento general y profundo en toda la América el que la raza de los negros no merece confianza; y como el temor, segun las ideas del país, es el único principio que puede tener influencia en un esclavo, no es maravilloso el que la conducta de este justifique á menudo la imputacion. Sin embargo yo estoì persuadida de que, si se siguiera con los esclavos un método diferente de trato moral, se obtendrian resultados importantísimos mucho mas ventajosos. Los negros son mui agradecidos á quien los trata con dulzura, y en mi sentir serian mas útilmente dóciles empleando con ellos la suavidad, que no lo son cuando se emplea el rigor. Emanciparlos enteramente en toda la Union no puede ser conforme á la seguridad del país, asi lo con-

cibo yo; pero si la posibilidad de mejorar su condicion obtuviera de parte de los legisladores la consideracion que merece tan grave materia, y se tratara la materia con la sabiduría, justicia y generosidad que merece la poblacion negra de los Estados-Unidos, podrian cesar de ser el terror de los blancos, y su situacion no excitaria lástima ó indignacion.

En todas partes donde hai esclavos, observé que los artículos de consumo ordinario estan constantemente encerrados, y en las casas, cuyos establecimientos son de tanta extension que es indispensable multiplicar el número de llaves, estan depositadas estas en un canasto, y confiadas á la guardia de una muchacha negra, que siempre va siguiendo los pasos de su ama con el canasto en brazos, no solo para tener siempre las llaves á la mano, sino porque, si las perdieran de vista un instante, aquel instante lo aprovecharian infaliblemente los esclavos para robar. Entonces como en otras muchas ocasiones me parecia que la asistencia personal é inevitable de aquellas sombras negras debia ser fastidiosísima; mas siempre que hablé de esto, me aseguraron que no existía semejante incomodidad, y que era tal el hábito que casi no se apercibian de su presencia.

A la verdad, no me faltaron frecuentes oca-

siones de observar esta indiferencia habitual con que se desentienden de la presencia de sus esclavos : porque hablan de ellos, de su condicion, de sus facultades y de su conducta, de la misma manera que si fuesen incapaces de oír. Una vez ví á una señorita que, sentada á la mesa entre un hombre y una muger, se fué retirando por modestia tanto de aquel, que se colocó en la silla de su vecina, para evitar la indelicadeza de tocar el codo de un hombre, y despues ví á la misma señorita pasarse el corsé sin la mas leve repugnancia delante de un lacayo negro. Un caballero de Virginia me dijo : que desde que se habia casado, habia tenido la costumbre de hacer dormir una muchacha negra en su cuarto con él y con su muger. Yo le pregunté ; para qué podia ser necesaria aquella asistencia nocturna? — ¡« Santo cielo! me respondió ; qué habria sido de mí, si hubiera necesitado un vaso de agua por la noche? »



CAPITULO XXIII.

Frutas y flores de Marilanda y de Virginia. — Culebra de cascabel. — Insectos. — Elecciones.



El verano que pasamos en Marilanda (1830) fué delicioso. El termómetro se mantuvo en 94 grados, pero el calor no fué ni con mucho tan pesado como nos lo habia parecido en el Oeste. En ninguna parte de la América del Norte son las producciones naturales del suelo ni tan variadas ni tan hermosas. Bajo los pies brotan por donde quiera fresas del sabor mas exquisito ; y cuando las fresas pasan, no hai valle, otero ni cañada que no parezca una arboleda, cuyas ramas colorean cargadas de cerezas, ofreciendo sus tesoros al que quiere levantar la mano para cogerlos. Vienen luego los melocotones y albérchigos que cubren todos los cercados ; su fruto, aunque ni en tamaño ni en gusto pueda competir con el que se cultiva en nuestros huertos, nos procuraba